

ÍNDICE AI: EUR 44/145/96/s

NO PUBLICAR ANTES DE LAS 08.00 HORAS GMT DEL 1 DE OCTUBRE DE 1996

¿A QUÉ GOBIERNO NO LE GUSTARÍA SER CONSIDERADO UN DEFENSOR DE LOS DERECHOS HUMANOS DE LOS NIÑOS?

Artículo de opinión escrito por Pierre Sané, secretario general de Amnistía Internacional

El año pasado, Turquía se comprometió públicamente a defender el derecho de todos los niños a no ser sometidos a torturas u otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes. Turquía ratificó la Convención de la ONU sobre los Derechos del Niño. Esta es la cara pública del gobierno turco, la cara que los políticos, diplomáticos y generales turcos quieren que los demás gobiernos vean.

Pero el gobierno de Turquía tiene otra cara. Es una cara que su gobierno probablemente reconocería pero que con demasiada frecuencia ha decidido ignorar. El mismo año en que el gobierno turco declaró que la tortura a niños no se iba a tolerar, cinco escolares de Manisa informaron de que durante su detención la policía los había vendado los ojos, los había desnudado, los había arrojado agua fría con una manguera y los había sometido a descargas eléctricas, incluso en los genitales.

Al parecer, a los niños los violaron con porras, y a las niñas las amenazaron con violarlas y con someterlas a reconocimientos ginecológicos forzosos. Estos estudiantes habían sido acusados de pertenecer a una organización política ilegal o de tener conexiones con ella. Ninguno de ellos era mayor de 16 años de edad. ¿Cómo puede un gobierno que se ha comprometido a defender los derechos humanos de sus niños permitir a los agentes del Estado cometer esas horribles violaciones de derechos humanos?

Un niño de catorce años relató de esta manera su penosa experiencia: «Tuve que desnudarme... Me hicieron preguntas que no tenían nada que ver conmigo; cuando les dije que no sabía me retorcieron los testículos... Cuatro de ellos me agarraron de las manos y los brazos y me aplicaron descargas eléctricas en el dedo gordo del pie derecho, en los órganos genitales, en los brazos y en el estómago... Después no tenía sensibilidad en el pie derecho ni en los genitales.» Éste y otros informes de torturas están respaldados por informes médicos de los hospitales donde los estudiantes recibieron tratamiento durante la detención. En junio de 1996, 10 agentes de policía fueron procesados por malos tratos y por usar la tortura para extraer confesiones.

¿Cuál es entonces la verdadera cara de Turquía? ¿Es el apreciado miembro de la comunidad internacional que ha prometido proteger los derechos humanos de **todos** sus ciudadanos? ¿O el país donde la tortura es endémica desde hace largo tiempo, tal como lleva documentando Amnistía Internacional durante más de tres décadas?

El gobierno turco y su propio gobierno probablemente deseen fijarse en la primera imagen, más agradable. La imagen bruñida y vendida en los pasillos de Ginebra, Estrasburgo y Bruselas por los hábiles diplomáticos y los astutas relaciones públicas. Mejor para la estrategia de la OTAN, mejor para los intereses geopolíticos europeos, mejor para los negocios, podrían argumentar. Pueden incluso sugerir que a veces las preocupaciones relacionadas con la seguridad nacional están por encima de los derechos humanos, especialmente cuando se enfrentan a la amenaza de grupos armados de oposición que con frecuencia son ellos mismos también autores de abusos contra los derechos humanos.

Pero ¿y la seguridad de los cinco estudiantes de Manisa? ¿Y la seguridad de los ancianos, los niños, las mujeres, los miembros de grupos minoritarios, los abogados, los médicos, e incluso los parlamentarios que corren el riesgo de ser torturados o maltratados bajo custodia policial en Turquía? Sin duda, la verdadera seguridad para cualquier país debe estar basada en la existencia de garantías de derechos humanos para **todos** sus ciudadanos. Después de todo, las violaciones de derechos humanos son delitos comunes en Turquía. La tortura, las «desapariciones» y los homicidios políticos cometidos por las fuerzas de seguridad

están proscritos por las leyes turcas y por los tratados internacionales que Turquía está obligada a cumplir. Y sin embargo estas violaciones de derechos humanos se cometen constantemente. Ningún gobierno ha hecho nunca un intento sistemático de erradicarlas.

Amnistía Internacional cree que la situación tiene remedio. En su actual campaña internacional sobre Turquía, la organización de derechos humanos ha propuesto un programa de reformas realistas y prácticas que el gobierno turco podría aplicar enseguida si tuviera suficiente voluntad política. Según Amnistía Internacional, con el firme respaldo de la comunidad internacional este programa podría producir una inmediata mejora de los derechos humanos de **todos** los ciudadanos turcos. Igualmente, la organización de derechos humanos ha pedido a los grupos armados de oposición de aquel país que pongan fin a los abusos de los que son responsables y respeten las obligaciones contraídas en virtud de las leyes humanitarias internacionales.

Todos los gobiernos del mundo deben admitir que ha llegado el momento de acabar con su pasividad a la hora de actuar decididamente sobre el historial de derechos humanos de Turquía. La tortura de los cinco estudiantes de Manisa o de los incontables ciudadanos turcos que tras puertas cerradas han vislumbrado la cara menos pública del Estado. Sin derechos humanos no puede haber seguridad.